

LADRON

Me la robó el camino:
con sus vueltas de serpiente
se le enroscó en el ama
—aún con huellas
del primer rocío.

Se la tragó el aire del estío:
su aliento en llama,
calándole la piel con avaricia,
le atenazó la sangre.

La distancia
—como un remolino transparente
la volvió diminuta
—un punto casi.

Se rieron los árboles
con las cosquillas del viento
y los pájaros
—improvisado coro—
dieron el contrapunto
acostumbrado.

De pronto comprendí que
ni el camino,
ni la distancia,
ni el estío
fueron.

El único ladrón
de mi fortuna
era yo mismo
—oh, torpel!...

Y porque el llanto
es una solución de corto vicio,
brindé una carcajada
a mi impericia
y prometí a mi corazón
días mejores.

José DEVESA

“PORTUGAL, ENTRAÑABLE”

por Juan-Pedro VERA CAMACHO



CABO de regresar de mi tercer viaje a Portugal. Durante él llevé en mis manos un libro de poemas, “Cancionero de Sagres”, del que es autor el poeta barciano Antonio Pereira. En una entradilla de dicho libro, se lee: “A paz de Deus para todos os homens, para campos e casals adormecidos, e para a terra formosa de Portugal, tão cheia de graça”...

Pereira es, como yo, un enamorado del vecino país, tal vez porque él es berciano y yo viví nueve años en Galicia, y ambos conocemos el idioma portugués. Que por el diálogo se llega prontamente al amor. Ya el escritor Enrique Segura, me dijo una vez que “los españoles teníamos mucho que aprender de los portugueses”. Él, muy visitador de Figueira da Foz y biógrafo de Eça de Queiroz, también conocía bien a nuestros vecinos. Cierta es la frase, que he podido constatar en este último viaje.

Porque el encanto de Portugal no radica en enjuiciarlo como una sociedad de consumo, sino como un pueblo trascendente anclado en la austeridad de un pasado glorioso, en la quietud de una vida más o menos contemplativa y en una manera de hacer que, incluso con las dificultades provenientes del momento histórico que vive, sabe estar en su sitio, amar sus cosas y mantener una tradición que se nota cuando se cruza la calle camino de cualquier parte.

Esta permanente vitalidad espiritual portuguesa está muy bien reflejada en el citado libro de Pereira cuando escribe: “¡Qué bien huele a Portugal!/Para pasar la frontera/ por el aroma me guío./ Y nadie podrá decirme,/ nadie/, que voy perdido/...

Y en otra página se expresa así el vate leonés: “Los poetas nacen en feligresías apartadas,/ de concejos con nombre de lluvia cayendo/. En ciudades como Castelo Branco/ o Vila Real, como Viseu/ o Bragan-

za/, y desde luego van a Coimbra y una imprenta/compone la "sauda-
de" personal/...

Pereira escribe, para nombrar a Portugal, de limones y aire puro, de vino del Duero, de pájaros del Miño, de aroma de pinos y de algarves maduros. Es que hay una cita de J. Namorado muy a pelo: "O Douro è rio de vinho". A mí me gusta leer estos versos que atañen al país vecino y al promontorio de Sagres, donde "sonhaba o Infante D. Henrique, o navegador".

Pereira ama grandemente a Portugal y se nota en sus versos, pero no por ello deja de reflejar la dureza del trabajo para lograr las cosas. Así escribe estas bellísimas imágenes: "Con una copa de Oporto se contempla en la lluvia indicios de sol remoto; dos copas ponen en la sangre suave calor de sueño; con tres se nos entrega la mujer de blanca piel; con cuatro el mundo es un jardín con árboles de oro puro. Pero aunque cinco copas bebamos, lo que no soñaremos jamás es la sed de quien vendimia en Oporto bajo el sol".

Portugal es para mí como un aroma permanente, desde la catedral de Guarda a las aguas del Mondego en Coimbra; desde los muros de los monasterios de Batalha y Alcobaça a los jardines de Estorillo, a los mariscos de Cascais; desde la multitudinaria plaza del Rocío al viejo barrio de Alfama, en Lisboa, donde el "fado" es un profundo lamento en la madrugada; desde la blancura de Elvas a las grises murallas de Estremoz, de donde sale el mármol. O desde Viseu —donde nació Viriato— al encanto de la suntuosa Sintra, o a la humildad de Nazareth y Buarcos, con aires salinos de pescadores...

Me gusta leer "Os Lusíadas", porque cada vez que lo hago, el pensamiento me lleva a los Jerónimos de Lisboa, donde Vasco de Gama reposa, con otra tumba simbólica de Camões enfrente, allí mismo donde el monumento a los Descubrimientos y la Torre de Belén nos dicen muchas cosas de este Portugal caminante de singladuras, austero y tradicional.

Desde estas líneas quiero mandar un saludo a Portugal, no diciendo adiós, sino ¡hasta otra! Porque pienso volver allá, si hay salud.



CASI UNA ELEGIA POR LOS BALCONES DE MADERA

Dejadme ahora que puedo todavía
denunciar la sentida soledad de la madera
cada balcón yo os lo aseguro soporta
una cariciosa inundación de frustraciones vegetales
en cada astilla como yo lo digo
se desgajan rebaños botánicos de pena

en serio ya
no puedo consentir por mucho tiempo
que sigan los ancianos balcones de madera
gritando su descorazonadora ineficacia
para esquivar señoras y señores
los mordiscos del tiempo

porque guarden silencio
las tablas de un balcón cuando las tocan
se lamentan igual que las heridas
porque como los hombres, los balcones
en el fondo cuando mueren
se pueblan de carcomas desnutridas
porque estoy hasta más de donde ustedes
se imaginan de compadecer la inútil
pervivencia de todos los balcones perdonen de madera
porque finalizo en Cabezuela mi pueblo
como orugas están reventando los balcones de impotencias.

Fernando FLORES DEL MANZANO